

No es cuento, es una historia que sale de mi pluma como ha ido brotando de los labios de ñor Cornelio Cacheda, que es un buen amigo de tantos como tengo por esos campos de Dios. Me la refirió hará cinco meses, y tanto me sorprendió la maravilla que juzgo una acción criminal el no comunicarla para que los sabios y los observadores estudien el caso con el detenimiento que se merece.

Podría tal vez entrar en un análisis serio del asunto, pero me reservo para cuando haya oído las opiniones de mis lectores. Va, pues, monda y lironda, la consabida maravilla.

Nor Cornelio vino a verme y trajo consigo un par de niñas de dos años y medio de edad, como nacidas de una sola “camada” como él dice, llamadas María de los Dolores y María del Pilar, ambas rubias como una espiga, blancas y rosadas como durazno maduro y lindas como si fueran “imágenes”, según la expresión de ñor Cornelio. Contrastaban la belleza infantil de las gemelas con la sincera incorrección de los rasgos fisionómicos de ñor Cornelio, feo si los hay, moreno subido y tosco hasta lo sucio de las uñas y lo rajado de los talones. Naturalmente se me ocurrió en el acto preguntarle por el progenitor feliz de aquel par de boquirrubias. El viejo se chilló de orgullo, retorció la jetaza de pejibaye rayado, se limpió las babas con el revés de la peluda mano y contestó:

—¡Pos yo soy el tata, más que sea feo el decilo! No se parecen a yo, pero es que la mama no es tan pior, y pal gran poder de mi Dios no hay nada imposible.

—Pero dígame, ñor Cornelio, ¿su mujer es rubia, o alguno de los abuelos era así como las chiquitas?

—No, ñor; en toda la familia no ha habido ninguna gata ni canela; todos hemos sido acholaos.

—Y entonces, ¿cómo se explica usted que las niñas hayan nacido con ese pelo y esos colores?

El viejo soltó una estrepitosa carcajada, se enjarró y me lanzó una mirada de soberano desdén.

—¿De qué se ríe, ñor Cornelio?

—¿Pos no había de rirme, don Magón, cuando veo que un probe inorante como yo, un

campiruso pi3n, sabe m3s que un hombre como ust3 que todos dicen que es tan sabido, tan le3do y que hasta hace leyes onde el presidente con los menistros?

—A ver, expl3queme eso.

—Hora ver3 lo que jue.

Nor Cornelio sac3 de las alforjas un buen pedazo de sobado, dio un trozo a cada chiquilla, arrim3 un taburete, en el que se dej3 caer satisfecho de su pr3ximo triunfo, se son3 estrepitosamente las narices, tapando cada una de las ventanas con el 3ndice respectivo, restreg3 con la planta de la pataza derecha limpiando el piso, se enjug3 con el rev3s de la chaqueta y principi3 su explicaci3n en estos t3rminos:

—Ust3 sabe que hora en marzo hizo tres a3os que hubo un clis de sol en que se oscureci3 el sol en todo el medio; bueno, pues, como unos veinte d3as antes Lina, mi mujer, sali3 habelitada de esas chiquillas. Dende ese entonces le cogi3 un desasosiego tan grande que aquello era cajeta: no hab3a c3mo atajala, se sal3a de la casa de d3a y de noche, siempre ispiando pal cielo; se iba al solar, a la quebrada, al charralillo del cerco, y siempre con aquel capricho y aquel mal que no hab3a descanso ni m3s remedio que dejala a gusto. Ella hab3a sido siempre muy antojada en todos los partos. Vea, cuando naci3 el mayor jue lo mismo; con que una noche me despert3 tarde de la noche y m'izo ir a buscarle cojoyos de cirgüelo macho. Pior era que jue a nacer la criatura con la boca abierta. Le truje los cojoyos; en despu3s otros antojos, pero nunca la llegu3 a ver tan desasosegada como con estas chiquitas. Pos hora ver3, como le iba diciendo, le cogi3 por ver pal cielo d3a y noche y el d3a del clis de sol, que estaba yo en el bre3alillo del cerco dende bueno ma3ana.

“Pa no cansalo con el cuento, as3 sigui3 hasta que nacieron las muchachitas estas. No le niego que a yo se me hizo cuesta arriba el velas tan canelas y tan gatas, pero dende entonces parece que hubieran tra3do la bendici3n de Dios. La mestra me las quiere y les cuece la ropa, el pol3tico les da sus cincos, el cura me las pide pa paralas con naguas de puros linoses y antejuelas en el altar pal Corpus, y pa los d3as de la Semana Santa las sacan en la procesi3n arrimadas al Nazareno y al Santo Sepulcro, pa la Nochebuena las mudan con muy bonitos vestidos y las ponen en el portal junto a las Tres Divinas. Y todos los costos son de bolsa de los mantenedores, y siempre les dan su medio escudo, gu bien su papel de a peso, gu otra buena regal3a. ¡Bendito sea mi Dios que las jue a sacar pa su servicio de un tata tan feo como yo...! Lina hasta que est3 culeca con sus chiquillas, y diende que aguanta que no se las alabanceen. Ya ha tenido sus buenos pleitos con curtidas del vecindario por las malvadas gatas.”

Interrump3 a ñor Cornelio temeroso de que el paneg3rico no tuviera fin, y lo hice volver al carril abandonado.

—Bien, ¿pero idi3i?

—¿Idiái qué? ¿Pos no ve que jue por ber ispiao la mama el clis de sol por lo que son canelas? ¿Usté no sabía eso?

—No lo sabía, y me sorprende que usted lo hubiera adivinado sin tener ninguna instrucción.

—Pa qué engañalo, don Magón. Yo no juí el que adevinó el busiles. ¿Usté conoce a un mestro italiano que hizo la torre de la iglesia de la villa? ¿Un hombre gato, pelo colorao, muy blanco y muy macizo que come en casa dende hace cuatro años?

—No, ñor Cornelio.

—Pos él jue el que me explicó la cosa del clis de sol.